

Juan Crisóstomo

## **SOBRE LA NATIVIDAD**

## I

Lo que antiguamente con tales ansías anhelaron los Patriarcas, lo que vaticinaron los Profetas, lo que tanto desearon ver los justos, ha tenido en este día feliz término y cumplimiento; y tomando nuestra carne, *se ha dejado ver an la tierra y ha conversado con los hombres* (Baruc, 3,38). Alegrémonos, pues, amados oyentes, y regocijémonos. Porque si Juan dio saltos de júbilo en el vientre de su madre Isabel, cuando fue a visitarla María, ¡cuánto más razonable es que nosotros, al ver hoy, no a María, sino a nuestro mismo Salvador nacido, nos alegremos y demos saltos de júbilo, y nos admiremos y llenemos de asombro, al ver la grandeza de su providencia, que sobrepuja a todo entendimiento! Piensa qué maravilla sería ver al sol descender del

cielo y andar por la tierra y extender desde ella sus rayos de luz; que si tal sucediera en este sol material, se llenaría de estupor cuantos le miraran; considera, pues, ahora, y razona qué maravilla será ver al Sol de Justicia, vestido de nuestra carne, esparcir los rayos de su luz, y con ellos iluminar nuestras almas.

Mucho tiempo hace que deseaba yo ver el día de hoy, y no verlo de cualquier modo, sino con todo este concurso y muchedumbre; y continuamente pedía que, como ahora lo está, se viera este templo henchido de gente; y he aquí cumplidas y satisfechas ya mis aspiraciones.

Porque no han pasado diez años todavía desde que tuvimos manifiesta noticia y conocimiento de esta festividad, y, co todo, ha llegado a florecer por nuestra diligencia, cual si muy de antiguo y antes que otros pueblos la hubiéramos recibido. No se equivocaría, por lo tanto, quien la llamara nueva y antigua al mismo tiempo: nueva, por haber llegado a nuestra noticia recientemente; antigua, porque en breve ha llegado como a igualar en edad a las antiguas y adelantarse a cumplir la misma medida de años. Porque así como las plantas generosas y de buena calidad no se hace más que plantarlas en la tierra, y al punto llegan a grande crecimiento y se cargan de fruto; así también esta fiesta, conocida de antiguo por los que habitan el Occidente, al pasar a nosotros, no hace muchos años, de repente se ha dado tal prisa en crecer, y ha producido tal fruto, cual es el que ahora contemplamos, cuando se ve lleno el ámbito de este templo, y parece que se angosta y estrecha por la muchedumbre de concurrentes.

Digna recompensa de vuestra diligencia debéis esperar de quien hoy ha nacido según la carne, Cristo Jesús; él os remunerará abundantemente por vuestro empeño, puesto que esta diligencia y presteza que habéis mostrado es muy grande testimonio de vuestro amor para con el recién nacido.

## II

Ahora, si también yo, vuestro consiervo, debo contribuir en algo a la fiesta de hoy, contribuiré en lo que pueda, o mejor dicho, en lo que la divina gracia me conceda deciros para vuestra utilidad. ¿Y qué es lo que deseáis oír hoy? ¿Qué habéis de desear oír sino lo que toca a este día? Porque bien sé que todavía disputan muchos sobre esta festividad, los unos impugnándola y los otros defendiéndola. En todas

partes se habla mucho de la fiesta de hoy; unos la impugnan como nueva y reciente y últimamente introducida; otros la defienden como antigua y vieja; como que ya los Profetas predijeron la natividad de Cristo, y desde hace tiempo era esta solemnidad conocida y manifiesta, desde Tracia hasta Cádiz. Ea, pues, comencemos a hablar de este punto: porque si esta fiesta tal propensión halla en vosotros cuando aún dudáis de ella, es evidente, que si llega a seros más conocida, os hallará mucho mejor dispuestos y más benévolos, cuando con la claridad de esta instrucción se acreciente vuestro afecto para con ella.

Voy, pues, a aducir tres demostraciones por las que claramente entenderemos que este es el tiempo en que nació Nuestro Señor Jesucristo, Verbo de Dios. De estas tres razones, la primera es la prontitud con que por todas partes se ha extendido esta festividad, y ha llegado a tal altura y florecimiento. Y no tengo yo reparo en decir de esta fiesta lo que dijo Gamadiel de la predicación del Evangelio: *Si es cosa de hombres, se desvanecerá; si es de Dios, no la podréis destruir y os expondríais a luchar contra Dios* (Act. 5, 38). También esta fiesta, por ser de Dios, no sólo no ha venido a menos, sino que cada año recibe nuevo incremento y brilla con nuevo esplendor; porque su noticia en pocos años se ha extendido por toda la tierra, por más que los que la propagaron por todas partes fuesen pobres artesanos, pescadores, rudos, idiotas; pero nada perjudicó la pequeñez de los ministros, cuando el poder del que era predicado todo lo prevenía, quitaba los obstáculos, y hacía ostentación de su interior y peculiar virtud.

### III

Pero si alguno más tenaz en disputar no aceptare la explicación dada, aún podemos darle otra prueba. ¿Y cuál es? La contenida en la narración evangélica. *Sucedió, dice el Evangelista, en aquellos días, que dio un edicto César Augusto, mandando empadronar a todo el orbe. Este fue el empadronamiento primero hecho por Cirino, gobernador de la Siria. E iban todos a ser inscritos, cada uno a la ciudad de donde procedía, y subió también José de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a la Judea, a la ciudad de David que se llama Belén, por ser él de la cas y familia de David, para empadronarse con María, desposada con él y que se hallaba embarazada. Y sucedió que estando ellos allí, se cumplieron los días en que ella diese a luz; y dio a luz a*

*su hijo primogénito, y le envolvió en pañales, y le reclinó en un pesebre, porque no tenían lugar en la posada* (Lc. 2, 1). Por aquí se ve claro que nació al tiempo del primer empadronamiento; y quien quisiere ver los antiguos códices que públicamente se conservan en Roma, puede enterarse con exactitud del tiempo de este empadronamiento. Pero esto, dirá alguno, ¿qué nos importa a nosotros, que ni estamos allí ni hemos estado nunca? Oye, y no desconfíes, porque precisamente no hemos recibido esta fiesta sino de quienes a ciencia cierta saben lo dicho, y son habitantes de aquella ciudad; si, los mismos que allí moran, y celebran de antes y por antigua tradición esta fiesta, son los que ahora nos han transmitido la noticia de ella. Ni el Evangelio nos señaló sin razón el tiempo del empadronamiento, sino para manifestarnos claramente este día y darnos evidente indicio de la encarnación de Dios; porque no salió de él ni por impulso propio el edicto que publicó Augusto, sino por impulso de Dios, que movió su corazón, a fin de que aún sin quererlo, sirviera a la venida del Unigénito.

¿Y cómo contribuye esto, se me dirá, para entender la encarnación? Contribuye, y no poco, amados oyentes, si no en sumo grado; y es uno de los datos necesarios y más dignos de atención. ¿Cómo así? Galilea es una región de Palestina, y Nazaret una ciudad de Galilea; a su vez, la Judea es una región así llamada por sus habitantes; y Belén, una ciudad de Judea. Ahora bien; de Cristo vaticinaron los Profetas que vendría, no de Nazaret, sino de Belén, y que allí nacería. Porque así está escrito: *Y tú, Belén, tierra de Judea, muy lejos estás de ser la menor entre los Príncipes de Judá, porque de ti saldrá el Caudillo que regirá a mi pueblo Israel* (Mt. 2, 6; Miq. 5, 2). Y los judíos, preguntados por Herodes dónde nació Cristo, le respondieron con este testimonio. Por esta causa, cuando contestando a estas palabras de San Felipe: *Hemos hallado a Jesús el de Nazaret*, dijo Natanael: *¿Puede de Nazaret salir algo de bueno?*, dijo Cristo refiriéndose a él: *He aquí, que éste es verdaderamente israelita, en quien no hay dolo* (Jn. 1, 45-46). ¿Y por qué causa, dirás, le alabó así? Porque no se dejó llevar del aviso de Felipe; pues clara y manifiestamente sabía que ni en Nazaret, ni en Galilea, convenía que naciera Cristo, sino en Judea y en Belén, como de hecho sucedió. Como, pues, Felipe no supiera esto, y Natanael, en cambio a fuer de instruido en la ley, respondiera conforme a la profecía arriba dicha, que no vendría Cristo de Nazaret, por esto dijo Cristo: *He aquí un verdadero israelita, en el cual no hay*



*engaño*. Esta misma es la razón por qué algunos judíos decían a Nicodemus: *Examina la Escritura y verás como de Galilea no sale ningún Profeta* (Jn. 7, 52). Y en otra parte. *¿No es cierto que del castillo de Belén, donde estaba David, sale el Cristo* (Ibid. 42)? Y era común sentir de todos, que sin duda ninguna de allí había de venir y no de Galilea.

Ahora bien; siendo así que José y María, aunque habitantes de Belén, salieron de allí y fijaron su vivienda en Nazaret donde moraban (como a cada paso lo vemos en muchos que, abandonando las ciudades donde nacieron, habitan en otras de que no traen su origen primitivo), y conviniendo que Cristo naciera en Belén, se promulgó un edicto que, aun involuntariamente, los compelió, por divina ordenación, a ir a aquella ciudad. Porque como aquel edicto mandaba que cada uno se empadronara en su propia patria, los obligó a salir de Nazaret e ir a Belén para dar sus nombres. Esto insinuaba el Evangelista, cuando decía: *Subió también José de Galilea desde la ciudad de Nazaret a la Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David, para empadronarse con María, desposada con él, que estaba en cinta. Y sucedió que mientras estaba allí se le cumplieron a ella los días de dar a luz, y dio a luz a su hijo primogénito* (Lc, 2, 4). ¿No acabas de ver, amado hijo, la providencia de Dios, que se sirve de los infieles y de los fieles para el cumplimiento de sus planes, de modo que aún los que son ajenos a su culto claramente comprenden su fuerza y su poder? Una estrella condujo a los Magos desde el Oriente; una ley condujo a María a la patria vaticinada por los profetas.

De aquí nos consta con evidencia, que también la Virgen era del linaje de David; porque si era oriunda de Belén, es bien claro que era de la casa y familia de David: como también nos lo descubrió más arriba el Evangelista al decir: *Ascendió también José desde Galilea con María, por ser él de la casa y familia de David*. Porque una vez que nos expuso la genealogía de José, y nadie había contado los progenitores de la Virgen, como los de José; para que no tuvieras esta duda: ¿De dónde sabremos que también ella procedía de David? oye lo que dice: *El sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, por nombre Nazaret, a una virgen desposada con un varón, cuyo nombre era José, de la casa de David* (Lc. 1, 26). Las palabras de la casa de David se han de entender de la Virgen, como aquí se ha indicado manifiestamente. Por esto se dio aquel edicto y

ley que los dirigía a Belén; porque apenas ascendieron a la ciudad, al punto nació Jesús; y por haber concurrido muchos de todas partes, y ocupado de antemano todos los sitios y hecho grande la estrechez, fue reclinado en un pesebre, y allí fueron a adorarle los Magos.

#### IV

Pero a fin de presentaros una demostración más clara, renovad vuestra atención, os ruego; pues quiero repasar una larga historia y recitar leyes muy antiguas, de modo que os evidencie más la cuestión por todos sus puntos.

Tenían los judíos una ley antigua. pero tomemos el discurso de más arriba. Cuando libró Dios al pueblo hebreo de las turbas de los egipcios y de la tiranía del rey extranjero, viendo que todavía tenía reliquias de impiedad, y que se dejaba llevar de todo lo material y sensible, y admiraba la grandeza y hermosura de los templos, mandó que se les edificara un templo que, no sólo por la diversidad de sus materiales y por la variedad de su arte, sino también por la hermosura de su construcción, dejara oscurecidos a todos los tiempos de la tierra. Y como un padre amante de su hijo, si pasado mucho tiempo le recibe después que se ha mezclado en la compañía de hombres malvados, corrompidos y muelles, y gozado de todos los deleites, le pone a buen recaudo donde conserve su dignidad con mayor abundancia de bienes, no sea que por la necesidad se acuerde de lo anterior, y aún lo desee; así también Dios, viendo a los judíos dejarse llevar de todas las cosas sensibles, aún estas se las concedió con grande exceso, de modo que jamás fueran a envidiar a los egipcios o las cosas de los egipcios; e hizo entre ellos para sí un templo a imitación de todo el mundo, tanto sensible como inteligente: porque habiendo, como hay, tierra y cielo, y en medio, como valladar, el firmamento, mandó que el templo se hiciera a su semejanza; y dividiéndolo en dos partes, y poniendo en medio un velo, a lo que estaba fuera del velo permitió que todos pudieran entrar, más en lo interior no permitió que nadie entrara, ni aún lo viera, a no ser el sumo sacerdote.

Y para que conste que ésta no es conjetura nuestra, sino que realmente el templo fue edificado a imitación de todo el mundo, oye lo que, al hablar de como Cristo subió a los cielos, dice San Pablo: *Porque no entró Jesús en el Santuario hecho de mano de hombres, que era figura del verdadero* (Heb. 9, 24), mostrando que el santuario

terrenal no era sino imitación del verdadero. Y que el velo separaba el Sancta Sanctorum de lo de fuera, así como ese cielo divide lo que está encima de él de todo lo de aquí abajo, claramente lo indica al llamar velo al firmamento. Porque hablando como la esperanza es el áncora segura y firme que tienen nuestras almas, añadió: *y que penetra hasta el interior del velo, donde por vosotros entró nuestro precursor Jesús* (Heb. 6, 19), más arriba que los cielos. ¿Ves cómo al cielo le dio el nombre de velo? Ahora bien; fuera del velo estaban el candelabro, y la mesa, y el altar de bronce que recibía las víctimas y los holocaustos, y dentro del velo el arca cubierta toda alrededor de oro, en la que estaban las tablas del testamento, y la urna de oro, no el de las víctimas y holocaustos, sino sólo el del incienso; y por lo de fuera todos podían andar; pero por lo de dentro tan sólo el Sumo Sacerdote. Y no dejaré de aducir para probarlo el testimonio de San Pablo, que dice a los Hebreos, IX : *Tuvo el primer Tabernáculo reglamentos sagrados de culto y un Santuario Temporal* (Santuario temporal llama al Tabernáculo de fuera, puesto que a todos se permitía en él), *en el cual estaban el candelabro, y la mesa, y los panes de la proposición; y después del segundo velo, el Tabernáculo llamado Sancta Sanctorum, que contenía un incensario de oro y el arca del testamento cubierta todo alrededor de oro, en la cual estaba la urna de oro, que contenía el maná, y la vara de Aarón que había reverdecido, y las tablas del testamento, y sobre el arca los Querubines gloriosos que hacían sombra al propiciatorio. Esto supuesto, al primer Tabernáculo siempre entraban los sacerdotes para cumplir los ministerios del culto; pero en el segundo tan sólo una vez al año y sólo el Pontífice, no sin sangre, que ofrece por sí y por las ignorancias del pueblo. ¿Ves cómo tan sólo entra el Sumo Sacerdote y sólo una vez en todo el año?*

¿Y qué tiene que ver esto, me decís, con la presente festividad? Esperad un poco, no os turbéis: hemos tomado el asunto desde su misma fuente y nos esforzamos por llegar a la misma cumbre de la verdad, de modo que fácilmente lo dominemos todo con distinción. Pero, en fin, para que no esté mi discurso por mucho tiempo cubierto de sombras, ni por ser más oscuro os haga decaer de ánimo al verlo tan largo, ahora os voy a decir la causa por qué he removido toda esta narración. ¿Cuál es, pues, esta causa? Cuando ya hacía seis meses que Isabel había concebido a Juan, entonces concibió María; por consiguiente, si averiguamos cuál era aquel mes sexto, sabremos cuando concibió María; una vez sabido cuándo concibió, sabremos también



cuando dio a luz, contando nueve meses desde la concepción. Y ¿de dónde sabremos cual fue el sexto mes de la preñez de Isabel? Si averiguamos cual fue el mes en que concibió. Y ¿cómo sabremos cual fue el mes en que concibió? Si averiguamos en que tiempo se dio la fausta noticia a Zacarías, su esposo. Y este tiempo, ¿de dónde lo podremos deducir con claridad? De las Sagradas Escrituras, una vez que dice el Santo Evangelio, que el ángel dio la feliz nueva y habló del parto de Juan a Zacarías, cuando este se hallaba dentro del Sancta Sanctorum. Si, pues, demostramos claramente por la Escritura cómo entraba una sola vez y sólo el Sumo Sacerdote en el Sancta Sanctorum, y en que tiempo, y en qué mes del año; nos será ya manifiesto el tiempo en que se le dio la feliz nueva; y una vez manifestado esto, será también patente a todos el tiempo de la concepción.

## V

Ahora bien: que sólo una vez año entrara allí el Sumo Sacerdote, ya lo ha demostrado San Pablo: también Moisés nos lo manifiesta, diciendo así (Lev. 16, 2): *Y habló el Señor a Moisés: habla a tu hermano Aarón, y no entre en todo tiempo en el Santuario que está dentro del velo, enfrente del propiciatorio, que esté encima del arca del testimonio, porque no muera. Y de nuevo (v. 17): Y no haya hombre alguno en el Tabernáculo del testimonio cuando entre él al Santuario para expirar, hasta que haya salida, y expiado por sí y su casa y todo el pueblo de Israel, y expiará sobre el altar, que está delante del Señor.* Es, pues, patente por todo esto, que no en todo tiempo entraba en el Sancta Sanctorum, y que, mientras él estaba dentro, a nadie le era lícito entrar, sino que debía permanecer fuera, a la parte exterior del velo. Retened este punto con diligencia, porque nos queda por demostrar cuál era el tiempo en que entraba en el Sancta Sanctorum y como hacía esto una vez al año y él solo.

## VI

Y ¿de dónde se podrá hacer que esto conste? De este mismo libro, porque dice así (Lev. 16, 29): *El mes séptimo, el día décimo del mes, humillaréis vuestras almas y no haréis ningún trabajo, ni el indígena ni el advenedizo, que se os ha juntado; porque en este día se hará expiación por vosotros para purificaros de todos vuestros pecados;*

*delante del Señor seréis purificados; este será el sábado de los sábados, vuestro descanso, y humillaréis vuestras almas y este será un estatuto sempiterno.*

*Y hará esta expiación el Sacerdote a quien ungieron y cuyas manos consagraron para sacrificar después de su padre; y se vestirá de la estola santa, y expiará el Sancta Sanctorum y el Tabernáculo del testimonio; y expiará el altar; y expiará por los Sacerdotes y por todo el pueblo de Israel. Y será para vosotros ley eterna el orar por los hijos de Israel, por todos sus pecados. Una sola vez al año se hará esto, como mandó el Señor a Moisés. En estas palabras se habla de la fiesta de los Tabernáculos; porque esta era la única vez del año en que entraba el Sumo Sacerdote; como él mismo lo explica al decir: Una sola vez al año se hará esto.*

## VII

Sí, pues, en la fiesta de los Tabernáculos entraba en el Sancta Sanctorum el Sumo Sacerdote solo; ea, demostremos ahora cómo se apareció el ángel a Zacarías, cuando éste estaba en el Sancta Sanctorum. Y, en efecto, por una parte el ángel fue visto sólo por Zacarías cuando ofrecía el incienso; y por otra, jamás entra el Sumo Sacerdote solo, sino es en aquella ocasión. Pero nada nos impide el oírlo con las palabras del texto sagrado (Lc. 1, 5): *Había en los días de Herodes, rey de Judea, un Sacerdote, por nombre Zacarías; y era su mujer descendiente de las hijas de Aarón, y su nombre Isabel: y sucedió, mientras él cumplía con el Sacerdocio, cuando le llegó la vez, delante de Dios, según la costumbre del Sacerdocio; le tocó la suerte de poner el incienso entrando en el templo del Señor; y toda la muchedumbre del pueblo estaba orando fuera, a la hora del incienso. Acuérdate ahora, amado oyente, de aquel testimonio que dice (Lev. 16, 17): Y no haga hombre alguno en el Tabernáculo del testimonio, cuando él entre a expiar en el Sancta Sanctorum, hasta que salga. Prosigue el Evangelista (Lc. 1, 11): Y se le apareció el ángel del Señor de pie, a la derecha del altar del incienso. No dijo del altar de los sacrificios, sino del altar del incienso; porque el altar de fuera era el de los sacrificios y holocaustos, pero el de dentro, era el del incienso. De modo, que ya por el mero hecho de habérsele aparecido a él solo, ya por las palabras que dicen que el pueblo estaba fuera esperándole, es bien claro que entró en el Sancta Sanctorum. Y se turbó Zacarías al*

*verle y cayó miedo sobre él (Lc. 1, 12): Y le dijo el ángel: No temas, Zacarías; porque ha sido oída tu petición, e Isabel, tu esposa, te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Juan. Y estaba el pueblo esperando a Zacarías, y se admiraban de que tardara: y cuando salió les hacia señas, y no podía hablar (Lc. 1, 21). ¿Ves cómo estaba dentro del velo? Por consiguiente, entonces fue cuando recibió la buena nueva. Y este tiempo de la buena nueva era precisamente el de la fiesta de los Tabernáculos y del ayuno (porque esto significa aquel *Humillad vuestras almas*); y se celebraba esta fiesta ente los judíos a fines del mes de Septiembre, como lo podéis atestiguar vosotros mismos; y durante este mes empleé muchos y largos discursos contra los judíos, acusando su intempestivo ayuno ; luego éste fue el tiempo en que concibió Isabel, esposa de Zacarías (Lc. 1, 25): Y se ocultaba ella por cinco meses, diciendo: Así obró conmigo el Señor en los días en que me miró, para quitar mi oprobio entre los hombres.*

## VIII

Ahora es ya tiempo de manifestar, cómo cuando Isabel contaba ya seis meses desde que concibió a Juan, recibió María la alegría nueva de su concepción. Y es así en realidad; cuando se presentó a ella Gabriel, y dijo (Lc. 1, 30): *No temas, María; porque has hallado gracia delante de Dios y he aquí que concebirás en tu vientre, y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesús*; como se turbarse ella con estas palabras, y tratara de indagar el modo cómo había de suceder; respondió el ángel y le dijo: *El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y la virtud del Altísimo te hará sombra; y por eso lo que de ti nacerá Santo, se llamará Hijo de Dios. Y he aquí que tu parienta Isabel ha concebido también un hijo en su vejez; y la que se llamaba estéril, seis meses hace que concibió; porque no hay imposible para Dios.* Si, pues, concibió Isabel después del mes de Septiembre, como se ha mostrado, desde él conviene contar los seis meses intermedios, que son estos: *Octubre, Noviembre, Diciembre, Enero, Febrero, Marzo.* Luego, después de este mes sexto, es cuando concibió María. Y si desde él contamos otros nueve meses, vendremos a dar en este en que estamos. Es, pues, el primer mes de la concepción del Señor, Abril, y síguense Mayo, Junio, Julio, Agosto, Septiembre, Octubre, Noviembre, Diciembre <sup>21</sup>. Y he aquí el mes en que estamos, y en el que celebramos esta festividad. Y para que con más claridad veáis de

nuevo lo que digo, os lo voy a exponer, amados (hijos), reduciéndolo a compendio.

Solamente una vez al año entraba solo el Sumo Sacerdote en el Sancta Sanctorum. Y ¿cuándo era esta vez? En el mes de Septiembre. Luego, entonces entró Zacarías en el Sancta Sanctorum; luego, entonces también se le dio la feliz nueva acerca de Juan. Retiróse él de allí, y concibió su mujer. Pasado ya Septiembre, cuando Isabel cumplía el sexto mes (que es el de Marzo) concibió María. contando, pues, nueve meses desde Abril, vendremos a dar en éste, en el que nació Nuestro Señor Jesucristo.

Os he ya manifestado cuanto pertenece al día de hoy; una cosa añadiré y terminaré el discurso, dejando lo de mayor importancia a nuestro común doctor

## IX

Y ya que muchos de los infieles, al oír que Dios nació según la carne, se ríen de nosotros y nos insultan, y a muchos de los más rudos los inquietan y perturban; es necesario que me dirija, ya a aquellos, ya también a estos que se perturban, de modo que en adelante no se inquieten por creer a gente perversa, ni se perturben por la risa de gente descreída: puesto que también los chiquillos se ríen muchas veces de nosotros cuando nos ocupamos en trabajos serios y aún necesarios, y la tal risa no es argumento del poco precio de las cosas de los que se ven burlados, sino del poco juicio de los que se burlan. Esto mismo se debe decir de los gentiles que, teniendo menos juicio casi que los niños, se ríen de lo que es digno de sagrado horror y está lleno de maravillas; y lo que es verdaderamente digno de risa, lo veneran y ensalzan. Pero, con todo, ni nuestras cosas, a pesar de las burlas de los gentiles, pierden nada de su grandeza y majestad, o reciben por su risa daño alguno en su excelencia, ni las cosas de ellos, por más que las ensalcen, dejan de mostrar su ignominia.

Porque, ¿cómo no ha de ser extrema locura que ellos, en medio de su impureza, no crean que dicen y hacen nada ignominioso, mientras introducen sus dioses en piedra y leños y despreciables simulacros, y, en cambio, nos acusan a nosotros, que decimos que Dios preparó para sí, por obra del Espíritu Santo, un templo vivo, por medio del cual aprovechó a todo el orbe? Y ¿qué modo de acusar es éste? Porque si es vergonzoso que habite Dios en un cuerpo humano, mucho más en



un leño y en una piedra, y tanto más cuanto es más vil que un hombre un leño y una piedra, a no ser que nos parezca nuestra naturaleza más vil que esas materias. Porque ellos se atreven a humillar la esencia de Dios hasta la naturaleza de los perros y gatos, y muchos de los herejes aún a otras cosas más despreciables. Mas nosotros ni decimos semejantes cosas, ni sufrimos jamás oír las; sólo decimos que tomó Cristo del vientre virginal una carne pura, santa, inmaculada, e inaccesible a todo pecado, y así restauró la obra de sus manos.

Mientras que ellos, y los que van a una con ellos en la impiedad, los Maniqueos, introducen la naturaleza divina en los perros y monos y fieras de toda especie (porque dicen que todas ellas tienen tal alma que procede de la esencia divina), y no se horrorizan ni se espantan; y dicen que nosotros afirmamos cosas indignas de Dios, porque ni siquiera consentimos en admitir en nuestro pensamiento semejantes ridiculeces, y sólo decimos lo que es decoroso y conveniente para Dios: como, viniendo al mundo, restauró a su criatura con esta manera de generación. ¿Qué dices, ¡oh hombre!, dímelo. Tú, que afirmas que el alma de los homicidas y de los encantadores es de la esencia de dios, ¿te atreves a acusarnos, porque no sufrimos nada de eso, ni consentimos en oírlo de otros, sino que a cuantos tal dicen los juzgamos reos de impiedad; antes bien, aseguramos que, habiendo Dios preparado para sí un templo santo, por medio de él introdujo en nuestra vida la norma y régimen de los habitantes del cielo? ¿Y no sois dignos de innumerables muertes, tanto por las acusaciones con que nos calumniáis, como por las impiedades que no cesáis de cometer? Porque si es inconveniente para Dios el habitar en un cuerpo puro e inmaculado, como decís vosotros, mucho más inconveniente será que habite en el de un encantador, de un profanador de sepulturas, de un ladrón, de un mono, de un perro, y no más bien en aquel cuerpo santo, incontaminado y que está ahora sentado a la diestra del Padre.

Porque, ¿qué daño qué tacha se le puede seguir a Dios de esta providencia? ¿No veis este sol, cuyo cuerpo es material y corruptible y perecedero, por más que al oírlo revienten mil veces los gentiles y Maniqueos? Y no sólo él, sino también la tierra y el mar, y en una palabra, toda criatura visible está sujeta a vanidad y corrupción.

Oye a Pablo, que lo manifiesta claro, diciendo: *Porque las criaturas están sujetas a vanidad, o mudanza, no de grado, sino por aquel que las sujetó en esperanza* (a los Romanos, 8, 20). Y declarando después qué es estar sujeto a vanidad, añadió estas palabras (a los



Rom. 8, 21): *Porque las mismas criaturas serán libertadas de la servidumbre de la corrupción a la libertad de la gloria de los hijos de Dios.* De modo, que ahora son corruptibles. Porque el servir a la corrupción no es otra cosa que ser corruptible. Si, pues, el sol, siendo cuerpo corruptible, extiende a todas partes sus rayos, y comunicándose con las cosas sucias, manchadas y otras parecidas, ningún daño recibe en su limpieza por la fealdad de estas manchas corporales, sino que recoge puros sus rayos y de nuevo comunica su propia virtud a muchos cuerpos que la participan, sin admitir en lo más mínimo ningún detrimento o suciedad; con mayor razón, incomparablemente, el Sol de Justicia, el Señor de las virtudes incorpóreas, al entrar en una carne pura, no sólo no se manchó, sino tornó aquella carne más pura y más santa todavía.

## X

Considerando, pues, todo esto, y acordándonos de aquella sentencia que dice: *Entre ellos habitaré y andaré* (Lev. 27, 12 y Cor. 6, 16); y en otra parte (1 Cor. 3, 16): *Vosotros sois templo de Dios, y el espíritu de Dios habita en vosotros*, hablemos también nosotros contra ellos, y hagamos enmudecer las lenguas desvergonzadas de los impíos, y regocijémonos en nuestros bienes, y alabemos a Dios encarnado por haberse bajado tanto a nosotros, y rindámosle, en cuanto podamos, la debida reverencia, honor y retribución. Y ¿qué otra retribución podemos ofrecer a Dios, sino la salvación de nuestras almas, y el esfuerzo por alcanzar la virtud? No nos hagamos, pues, desagradecidos a nuestro Bienhechor; antes, cuanto está de nuestra parte, ofrezcámosle todos la fe, la esperanza, la caridad, la continencia, la misericordia, la hospitalidad.

Y no dejaré ahora ni nunca de exhortaros a lo que ya antes de ahora os he exhortado. Y ¿qué es? Que cuando os vais a acercar a esta tremenda y santa mesa y a los sagrados misterios, lo hagáis con temor y temblor, con pura conciencia, con ayuno y oración; no con tumulto, ni con desorden, ni dándoos empujones, porque esto es extremada locura y desprecio no vulgar, que acarrea, por lo tanto, a los que tal hacen grave pena y castigo. Considera, ¡oh hombre!, a qué hostia vas a tocar, a qué mesa te vas a acercar. Considera que, siendo tierra y ceniza, recibes el Cuerpo y Sangre de Cristo. Cuando os llama el Emperador a su convite, os ponéis a la mesa con temor, y tomáis los

manjares de ella con reverencia y silencio; y cuando os llama Dios a su mesa y os ofrece a su Hijo, mientras las Potestades angélicas asisten con temor y temblor, mientras los Querubines cubren sus rostros, mientras los Serafines claman temblorosos: *Santo, Santo, Santo es el Señor*, ¿tú voceas y alborotas, al acercarte a este convite espiritual? ¿No sabes que debe en este tiempo estar el alma llena de tranquilidad? Mucha paz y silencio hace falta, no tumulto, ni ira, ni turbación, porque todo esto mancha el alma de quien se acerca. Y ¿qué perdón se nos podrá conceder, si, después de tan graves pecados cometidos, ni siquiera en el tiempo de acercarnos a la comunión nos purificamos de tales pasiones irracionales? Y ¿qué objeto puede haber más importante y necesario que el Sacramento que aquí se nos presenta, para que así nos arrastre en pos de sí y pongamos en él nuestro empeño, y, dejadas las cosas espirituales, nos apresuremos a las carnales? No irritemos, os conjuro y suplico, no irritemos la ira de Dios contra nosotros; que lo que aquí se nos propone es medicina de salud para nuestras heridas, riquezas inacabables, título para el reino de los cielos. Temblemos, pues, al acercarnos; demos gracias, postrémonos, confesando nuestros pecados; lloremos gimiendo nuestras maldades; dirijamos a Dios insistentes súplicas y, purificándonos de este modo, acerquémonos en silencio y con la conveniente modestia, como quien se acerca al rey de los cielos, y cuando hayamos recibido la hostia santa e inmaculada, besémosla, clavados en ella nuestros ojos, y encendamos en amor nuestras almas, a fin de que no nos lleguemos a ella para juicio o condenación, sino para alcanzar la moderación de nuestras almas, la caridad, la virtud, la reconciliación con Dios, la paz duradera y la prenda de innumerables bienes, de modo que nos santifiquemos a nosotros mismos y edifiquemos a nuestros prójimos.

Esto os estoy constantemente diciendo y no cesaré de repetíroslo. Porque ¿qué utilidad hay en que vengáis aquí sin más ni más y en vano, y no aprendáis nada de lo que os conviene? ¿Qué provecho hay en hablaros siempre para daros gusto? Breve es el tiempo presente, amados hijos; seamos sobrios, vigilemos, moderémonos a nosotros mismos, mostremos nuestro celo para con todos, seamos para con todos amables. Y si es necesario oír la divina palabra, si orar, si acercarse a la sagrada mesa, si hacer cualquiera otra obra semejante, cúmplase con temor y temblor, para que no nos hagamos por nuestra negligencia dignos de maldición. Porque *es maldito*, dice la Escritura (Jer. 92, 10), *todo aquel que hace la obra de Dios con negligencia*. La

perturbación y la ira se convierte en injuria contra la hostia que en el altar es ofrecida. Extremo desprecio es presentarse contaminado delante de Dios; oye lo que sobre esto dice el Apóstol (1 Cor. 3, 17): *Si alguno corrompe el templo de Dios, Dios le perderá*. No irriteos, pues, a Dios, en vez de reconciliarnos con él; antes dando muestras de toda vigilancia, limpieza y tranquilidad de conciencia, acerquémonos con súplicas y contrición de corazón. De este modo, atrayéndonos la misericordia de Nuestro Señor Jesucristo, podremos alcanzar los bienes prometidos, por la gracia y benignidad del mismo señor nuestro Jesucristo.

Editado por Manuel Arnaldos, ed. EJC, Molina de Segura 2025

[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2025 @escritores de iglesia +ENCICLOPEDIA MERCABA, MURCIA